



6-8. Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: este venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe. No era él la luz, sino testigo de la luz.

El texto de este domingo es lo que llamamos **el Prologo del evangelio de Juan**. En él Juan sostiene que en el mundo se está desarrollando una lucha feroz entre las tinieblas y la luz, entre la muerte y la vida. **La luz, la vida, es el proyecto** que Dios tiene para el hombre. Dios quiere que la existencia del hombre sea gozar de la vida y no ir camino hacia la muerte. A este proyecto se opone las tinieblas, el fruto de nuestros pecados individuales y sociales, es decir **la organización o sistema** que muchos hombres han logrado imponer y que es la causa de que la mayoría de los seres humanos vivan su existencia como una constante amenaza de muerte. Bien que todo esto lo estamos padeciendo en

esta época de crisis.

En este estado permanente de la humanidad, el de la dialéctica luz/ tinieblas, hay un acontecimiento: **se presenta un mensajero**.

Dios escoge a un *hombre*, sin más calificación de pueblo, condición social ni estado religioso. Un hombre, para quien la vida es la luz (1,4), que va a dar testimonio a los hombres acerca de la luz-vida. Dado que la luz es el resplandor de la vida, Juan está encargado de señalar la posibilidad de la vida, despertando en todos **el deseo y la esperanza**. La misión de Juan muestra hasta qué punto había sido dañina y eficaz la acción de la tiniebla, que había cerrado el horizonte, haciendo desesperar de toda posibilidad de salir de la situación de muerte. Por medio de Juan se sabrá que existe la zona de la luz y que va a ser posible escapar de las tinieblas.

TESTIGO DE LA LUZ

En la Palestina tensa y revuelta del siglo I, deseosa de un liberador o Mesías que pusiera fin a la dominación romana y a la miseria existente, apareció el Bautista. Pero este profeta de justicia comenzó a resultar incómodo al gobierno de Jerusalén.

También hoy vivimos un tiempo tenso y oscuro para muchos y mediocre y vacío para otros. Juan era la voz que grita. **Testigo de la luz**, inconformista. Rudo, radical, fronterizo. La figura del Bautista, abriéndole camino en medio del pueblo judío, nos anima a despertar hoy en la Iglesia esta vocación tan necesaria. En medio de la oscuridad de nuestros tiempos **necesitamos «testigos de la luz»**.

Creyentes que despierten el deseo de Jesús y hagan creíble su mensaje. Cristianos que, con su experiencia personal, su espíritu y su palabra, faciliten el encuentro con él. Seguidores que lo rescaten del olvido y de la relegación **para hacerlo más visible entre nosotros**.

Testigos humildes que, al estilo del Bautista, no se atribuyan ninguna función que centre la atención en su persona robándole protagonismo a Jesús. Seguidores que no lo suplanten ni lo eclipsen. Cristianos sostenidos y animados por él, que dejan entrever tras sus gestos y sus palabras la presencia inconfundible de Jesús vivo en medio de nosotros.

Es la vida al estilo del evangelio la que anima a todos a «allanar» el camino que nos puede llevar a él. La fe de nuestras comunidades se sostiene también hoy en la experiencia de esos testigos humildes y sencillos que en medio de tanto desaliento y desconcierto ponen luz pues nos ayudan con su vida a sentir la cercanía de Jesús.

- **¿Quiénes me indican hoy lo que Dios quiere?**

19-22 Los judíos enviaron desde Jerusalén sacerdotes y levitas a Juan, a que le preguntaran: ¿Tú quien eres? El confesó sin reservas: Yo no soy el Mesías.

Le preguntaron: Entonces ¿qué? ¿Eres tú Elías? El dijo: No lo soy. ¿Eres tú el Profeta? Respondió: No. Y le dijeron: ¿Quien eres para que podamos dar una respuesta a los que nos han enviado? ¿Qué dices de ti mismo?

Él contestó: "Yo soy la voz que grita en el desierto: Allanad el camino al Señor" (como dijo el profeta Isaías).

La autoridad central decidió enviar una comisión para investigar si Juan podía impartir dicha doctrina y ver quién era. **Los judíos** (en el cuarto evangelio utiliza esta palabra para referirse a la autoridad religioso-política) andaban preocupados con el movimiento popular que estaba naciendo al amparo e impulso del profeta. En realidad, temían por sus respectivos cargos de poder y por el desprestigio de su autoridad; según la mentalidad

popular una de las principales tareas del Mesías habría de ser la reforma de las instituciones y la deposición de la jerarquía del Templo de Jerusalén, considerada indigna.

La comisión estaba integrada **por sacerdotes** (entonces funcionarios del templo encargados del degüello de las víctimas para los sacrificios y sin tarea pastoral alguna) y **los levitas** (especie de policía religiosa). La participación de estos hace pensar que

pretendían detener al Bautista en caso de haberlo encontrado culpable. Pero Juan los sorprendió. No se identificó con ninguno de los personajes que ellos sospechaban: ni el Mesías, ni Elías, ni el profeta..

Le piden que hable de sí mismo, pero él se define como una mera voz, anunciada desde antiguo. Juan, como voz, no habla de sí mismo, sino de ellos; sus palabras son un apremio y, al mismo tiempo una

denuncia. Al identificarse con la voz anunciada por Isaías (40,3) Juan conecta con la tradición profética, se hace representante de ella en este momento. Él es el profetizado por Isaías, que transmite el mensaje escrito por el profeta. El Señor va a recorrer su camino y debe encontrarlo libre de obstáculos.

Los que han torcido el camino son las autoridades. Son los que crean obstáculos al Señor

ALLANAR CAMINOS

La vida del testigo atrae y despierta interés. No culpabiliza a nadie. No condena. Contagia confianza en Dios, libera de miedos. **Abre siempre caminos.** Es como el Bautista, «allana el camino al Señor».

El testigo se siente débil y limitado. Muchas veces comprueba que su fe no encuentra apoyo ni eco social. Incluso se ve rodeado de indiferencia o rechazo. El testigo de Dios no juzga a nadie. No ve a los demás como adversarios que hay que combatir o convencer. Dios sabe cómo encontrarse con cada uno de sus hijos e hijas.

Se dice que el mundo actual se va convirtiendo en un «desierto», pero el testigo nos revela que algo sabe de Dios y del amor, algo sabe de la «fuente» y de cómo se calma la sed de felicidad que hay en el ser humano.

La vida está llena de pequeños testigos. Son creyentes sencillos, humildes, conocidos sólo en su entorno. Personas entrañablemente buenas. Viven desde la verdad y el amor. Ellos nos «allanan el camino» hacia Dios.

- *¿Me esfuerzo en allanar caminos de encuentro?*

24-27 Entre los enviados había fariseos y le preguntaron: Entonces ¿por qué bautizas, si tú no eres el Mesías, ni Elías, ni el Profeta?

Juan les respondió: Yo bautizo con agua; en medio de vosotros hay uno que no conocéis, el que viene detrás de mí, que existía antes que yo y al que no soy digno de desatar la correa de la sandalia.

Esto pasaba en Betania, en la otra orilla del Jordán, donde estaba Juan bautizando.

El sólo bautiza con agua. Era simplemente un lavado, una limpieza de mancha y pecado. Agua fecunda y que hace brotar vida, pero que no cambia la naturaleza de las personas e instituciones. Lo de Juan no era del todo perfecto, pretendía más bien reparar, reformar, rejuvenecer una institución llamada a desaparecer; apuntalar el edificio del sistema judío declarado en ruinas, a la espera de ser derribado. Juan, entre los judíos, propugnaba la reforma. Era la transición.

Yo bautizo con agua; en medio de vosotros hay uno que no conocéis... (Os bautizará con Espíritu Santo y fuego, según Lucas) Bautismo de fuego, que consume, aniquila lo viejo, transforma, decanta el metal y lo separa de la ganga. Ese era el bautismo de Jesús, que representa la ruptura, la

revolución, la aparición de algo verdaderamente nuevo, el derribo de una institución que giraba en torno al Templo y al culto formalista, y que había colocado la ley en lugar del amor, mandamiento este que ni siquiera se puede mandar.

A Juan lo mataron. La luz se hizo presente en el mundo y la tiniebla se empeñó una vez más en extinguirla; y mataron también a Jesús creyendo que así apagaban la llama que el quiso que prendiera en la tierra. Pero nosotros sabemos que esa llama sigue ardiendo y que la luz no se ha extinguido; por eso nos toca ahora a nosotros ser testigos de la luz. Se trata de una tarea arriesgada. Porque hay que denunciar a todos los que se esfuerzan por negar la luz a los hombres y ser testigos, ni propietarios ni oscurecerla con incoherencias.

EN MEDIO DE VOSOTROS

Jesús está en medio de nosotros, pero ¿lo conocemos de verdad?, ¿comulgamos con él?, ¿le seguimos de cerca?

Es cierto que en la Iglesia estamos siempre hablando de Jesús. En teoría nada hay más importante para nosotros. Pero luego se nos ve girar tanto sobre nuestras ideas, proyectos y actividades que, no pocas veces, Jesús queda en un segundo plano. Somos nosotros mismos quienes, sin darnos cuenta, **lo «ocultamos» con nuestro protagonismo.**

Tal vez, la mayor desgracia del cristianismo es que haya tantos hombres y mujeres que se dicen «cristianos», en cuyo corazón Jesús está ausente. No lo conocen. No vibran con él. No los atrae ni seduce. Jesús es una figura inerte y apagada.

- *¿He descubierto el que está en medio de mi vida? ¿Lo que ven en mí, ilumina a otros?*

Juan García Muñoz (jgarcia@gmail.com)
Parroquia San Pablo. HUELVA. ESPAÑA
<http://www.escuchadelapalabra.com/>